

Cómo Trabaja el Catolicismo en el Brasil

J. Gopegui.

En el horizonte caótico del Brasil sólo brilla una luz de esperanza: la intrepidez de sus dirigentes católicos, que laboran con un confortante optimismo y cierran filas alrededor de sus Obispos. Si nos atenemos a las noticias político-económicas que nos sirven a diario las agencias periodísticas, aquello no tiene remedio. Pero afortunadamente esas agencias judaicas apenas si se hacen eco en sus telegramas de este resurgir cristiano y consecuentemente nos dan una imagen parcial y deformada de lo que es en realidad aquella gran nación, a la que no van a salvar ni Goulart, ni Kubitscheck, ni Janio, ni ningún otro "redentor" político, como lo evidencian el correr de los acontecimientos gravísimos de estos últimos años.

Tampoco el sectarismo protestante, ni menos aún los dólares de la Alianza para el Progreso, podrán salvar al Brasil del peligro inminente de convertirse en la Rusia iberoamericana. Sólo la labor callada, constante, de evangelización de sus Obispos, de sus minorías laicas, de sus caudillos abnegados, es la que va a sostener la admirable fe del pueblo y con ella las sanas costumbres cristianas aún en vigor, labor en la que necesita ayuda de la cristiandad universal —más aún la pide— pero que fundamentalmente se lleva a cabo, y se llevará siempre, por el admirable núcleo formado por la Iglesia nacional brasileña.

Es lo que se deduce del artículo que publicamos a seguido, escrito por quien conoce bien aquellas tierras de bendición.

Un artículo sobre la situación religiosa del Brasil debe empezar haciendo profesión de sus limitaciones. La paradoja sorprende cada día aún a los viejos huéspedes de esta "tierra de contrastes". Hay demasiada energía virgen en este pueblo que después de cuatro siglos de historia y de progreso tiene conciencia de vivir todavía la inebriante agitación de la adolescencia. No sin envidiosa admiración lo contemplamos quienes, a pesar de lo que la plenitud y madurez de los años nos traen, repetiremos siempre con una punta de nostalgia aquello del poeta: "Juventud, divino tesoro..."

Esto que puede parecer no decir nada, es por el contrario, decirlo todo. Y sólo teniéndolo en cuenta se puede después intentar modestamente abordar este o aquel aspecto del Brasil. Si fuésemos a hacernos una imagen de esta tierra —en general de América latina— por los datos de la gran prensa mundial, habría de reducirse a un extraño complejo de agitaciones políticas, injusticias sociales, miseria y caos económico. Cuando, por vía de excepción, aparecieron en la Prensa norteamericana las airoas y atrevidas líneas de la nueva capital del Brasil, testimonio de la juventud y energía creadora de un pueblo, la noticia tuvo carácter de revelación para la mayoría de los lectores. Para muchos la sorpresa aumentaba cuando oían decir que Brasilia no había nacido de la falta de ciudades grandiosas y modernas y que Río Janeiro o Sao Paulo no tenían que avergonzarse en nada de comparecer ante las grandes urbes de los Estados Unidos. Y es que la paradoja está instalada también en eso que hemos llamado adolescencia de un pueblo.

Puede pasar algo parecido en el aspecto religioso. El celo apostólico, en busca de la ayuda y generosidad de las viejas cristiandades, tiende a acentuar los aspectos negativos de la vida religiosa del país. "Falta de vocaciones sacerdotales, ignorancia religiosa, escasez de apóstoles seglares". Se olvida que el más urgente sentimiento que debe brotar en nosotros es el amor no a nuestras posibles realizaciones en tierras incultivadas, sino a lo que allí es ya una parte de nuestra misma Iglesia, con inminentes riesgos, es verdad, pero también con magníficas realizaciones. ¡Qué por eso el riesgo existe!

Habrà que empezar diciendo que el Brasil es el país que cuenta con mayor número de católicos en el mundo. Del 80 al 90 por ciento de sus 67 millones de habitantes. Inmediatamente surgirán otras cifras que cierran la puerta a un ciego optimismo. Los 25.000 protestantes de 1860 pasan a 600.000 en 1930, superan el millón diez años más tarde y llegan en 1960 a los 3 millones. Un recto enjuiciamiento de estos datos debe tener en cuenta el aumento demográfico. Había en el Brasil poco más de 8 millones de habitantes en 1860. Llegan a 33,5 en 1930. Y pasan bastante de los 60 en 1960.

La escasez de asistencia sacerdotal juega un papel decisivo en este fenómeno. Teóricamente corresponde un sacerdote para cada 6.000 fieles (en España hay uno por cada 862). En la práctica si se considera sólo a los sacerdotes dedicados a la acción pastoral habrá que elevar a 9.000 el número de fieles atendidos por un sacerdote. En la zona rural —más del 50 por ciento— la cifra asciende a 20.000 con el agravante de la dispersión territorial de los parroquianos. Un sólo párroco tiene que atender a 5, 6 y hasta 10 o más capillas distantes. Sin hablar de los fieles que quedan prácticamente al margen de toda posible acción pastoral.

Así se explica, si se tiene en cuenta por otro lado el ingente esfuerzo de la propaganda protestante en los últimos años y la facilidad de multiplicar los pastores autóctonos, el alarmante crecimiento del protestantismo en el Brasil. Es de admirar que no sea mayor y el hecho da motivo para pensar que la fe del pueblo brasileño es más profunda de lo que a veces se dice. No se caerá en la tentación fácil de calificar de folklórico y nominal ese catolicismo, a pesar de los ritos extraños y supersticiosos que por fuerza han de mezclarse a una fe abandonada a sí misma. La escasez de clero y la falta de instrucción religiosa son dos problemas del Brasil con influencias mutuas.

Hay que reconocer, no obstante, que tanto en uno como en otro el siglo XX marca un período de Renacimiento. Las 17 circunscripciones eclesiásticas de 1900 pasan a 140 en 1959. Cada año vemos aparecer nuevas diócesis. La jerarquía brasileña se compone en 1960 de 3 Cardenales, 29 Arzobispos y 136 Obispos. El dinamismo de este episcopado, sorprendentemente joven en gran parte, es una fuerza que no puede ser olvidada al enjuiciar las posibilidades del catolicismo actual brasileño.

Con la multiplicación de las diócesis se multiplican los seminarios. De 1937 a 1954 los seminaristas pasan de 1.825 a 5.273. Aunque, evidentemente, la proporción pierde mucho cuando se considera el número de sacerdotes ordenados.

En la formación religiosa es de notar el florecimiento de la Enseñanza Superior de la Iglesia. En 1940 se funda la Universidad Católica de Río de Janeiro. Actualmente son 9 al menos las Universidades Católicas y más de 100 los institutos superiores dirigidos por la Iglesia. De todas maneras el problema universitario sigue siendo uno de los más agudos en la hora presente, agravado por la creciente infiltración comunista en el medio estudiantil. Se impone reconocer, por otra parte, a pesar del acuciante riesgo que ello supone, lo que hay de positivo en una juventud que se preocupa por los problemas de la miseria y el trabajo, más que los mismos trabajadores y oprimidos. ¡Y lo que de

ahí podría nacer, si la dirección de la Iglesia pudiese encauzar esas fuerzas! Es una gloria del universitario brasileño, la parte que los estudiantes de Derecho de la Universidad de Sao Paulo tuvieron en la emancipación de los esclavos.

Esto es el Brasil. Una tradición católica enraizada profundamente en su alma y sus instituciones, y una desproporción muy grande en los recursos de que dispone para hacer de esa tradición forma del portentoso desarrollo que se está operando en su ser. Una mirada a la historia puede ayudar a comprender esta hora de temores y promesas.

La celebración del Santo Sacrificio al pie de una gran cruz de madera izada en la playa marca el momento inaugural de la gestación de la nación brasileña. "Tierra de Santa Cruz" fue el nombre oficial del país descubierto. Más tarde, los mercaderes que negociaban con el "pau brasil" —madera color de brasa— introdujeron el nombre profano. La colonización fue al mismo tiempo evangelización. Todos los niños brasileños estudian en sus libros de historia un capítulo sobre los "jesuitas forjadores de la nación brasileña". Las primeras ciudades se forman en torno a los colegios. La ciudad de Sao Paulo ostenta entre sus rascacielos el monumento a su fundador, el P. Anchieta, un jesuita de origen español. El catolicismo es inseparable de la historia del Brasil.

Cuatro siglos más tarde, en la inauguración de Brasilia, existe la preocupación de fidelidad a la tradición. Entre las voces festivas de aquella jornada se pueden oír estas palabras: "Como la nación brasileña, una confianza sin límites, una fe inquebrantable fue la primera materia de la nueva ciudad. Su símbolo cabal está en la Cruz que en todo la guía; que marca sus orígenes remotos" ... Y volvió a celebrarse la misa ante la vieja cruz de Fray Henrique de Coimbra. Junto a las curvas flotantes del Palacio de la Alborada se levantan gigantescos los brazos orantes de la nueva Catedral.

El Brasil como nación siente la conciencia de su misión de cristianismo. Pero esa conciencia colectiva corre el riesgo de desintegrarse en formas caprichosas al llegar al individuo. Elementos de espiritismo, fetichismo africano y cristianismo se mezclan en infinidad de sectas eclécticas que nacen cada día.

La jerarquía eclesiástica es consciente de la urgente necesidad de intensificar la formación religiosa, quehacer que se complica aún más porque aquella es imposible en muchos casos sin una simultánea elevación social y humana del hombre. La magnitud de la empresa parece superar las fuerzas existentes. Harían falta mu-

chas más vocaciones que a su vez no nacerán en un terreno sin cultivar. ¿Podrá romperse el círculo?

Una eventual restauración del diaconado supondría una ayuda valiosa. Radicalmente habrá que volver a lo que ya los primeros jesuitas había comprendido: los alumnos de los colegios volvían a las aldeas como catequistas. La colaboración de los seglares en el apostolado será la base imprescindible de una acción pastoral que quiera resolver eficazmente el agudo problema de la catequesis del Brasil actual en todos los sectores.

Ya han aparecido preciosas iniciativas que demuestran —contra el pesimismo de muchos— que esa acción es posible. Precisamente cuando la actividad febril del gobierno se concentraba en la construcción de la nueva capital, un obispo de 33 años manda interrumpir en su diócesis la construcción de la catedral, porque “una necesidad más urgente es la construcción de una catedral de almas”. Inicia, entonces, una obra pastoral que la Revista Internacional de Experiencias Apostólicas “Cristo al Mundo” (n. 2, 1963) califica como “una de las más dignas, por no decir la más notable, de las presentadas hasta la fecha”. Su iniciador: Dom Eugenio de Araujo Sales, Arzobispo de Natal. La población católica de la Archidiócesis es de 565.000 habitantes en una extensión territorial de 24.789 km²., 62 sacerdotes de los cuales 16 son religiosos. La región, nordeste del País, es de las más afectadas por la falta de instrucción y las miserables condiciones sociales. Pero el milagro se

realiza y Dom Eugenio demuestra que las situaciones extremas pueden despertar energías desconocidas, cuando se unen los esfuerzos. Surge así una obra conjunta de evangelización y acción social que pretende abarcar todos los campos de la vida del cristiano. Se ha visto nacer para confusión de los escépticos de siempre un sentido de comunidad en los cristianos. Un equipo de 250 funcionarios, en parte remunerados y en parte voluntarios forman el núcleo coordinador de la obra con 1,027 escuelas radiofónicas, con sus respectivos monitores preparados con breves cursos. Servicios de Asistencia Rural, Escuelas de líderes rurales, Clubs agrícolas, cooperativas, pequeñas maternidades sostenidas y atendidas por las comunidades rurales, etc. ¡Y un envidiable clima de unión y optimismo entre los miembros del clero y los institutos religiosos!

Así es el Brasil. Un complejo de temores y esperanzas paradójicamente entrelazados. Las esperanzas superan los temores. Esto hace que las viejas cristiandades, que tan generosa ayuda vienen prestando al Brasil en los últimos años, puedan esperar, gracias al dinamismo interno de la vida de la Iglesia, recibir más de lo que han creído dar. Porque el catolicismo brasileño podrá ofrecer al mundo, en días no lejanos, algo muy peculiar suyo: una abertura a todos los pueblos y un sentido de universalidad en pocas partes tan vivo como en estas tierras en las que se han dado cita todas las razas del mundo.

Y además, eso que cada día que pasa se hace más deseable: ¡juventud!

—oOo—

COMPRO LIBROS NUEVOS Y USADOS

especialmente de temas de

- 1) Historia de las Américas.
- 2) Estadística aplicada (Anuarios, censos, etc.,)
- 3) Enciclopedias y Diccionarios.
- 4) de Salvadoreños o sobre El Salvador.

Dirigirse a:

BIBLIOTECARIO

Avenida Manuel Gallardo 1-6

SANTA TECLA, EL SALVADOR, C. A.